

ticulares, si son víctimas, serán víctimas del prejuicio que les induce a subvencionar, dentro de la misma persona, al mal empleado y no al buen escritor.

Así va la silueta del viejo judío errante de la literatura. Victorioso o vencido, su arte, que es oficio, o su oficio, que es arte, no ha tenido nunca ubicación exacta dentro de la vida universal; y en el fracaso como en el éxito, en las nuevas épocas como en las antiguas, mantiene la inmutabilidad de un destino que es quizá el signo de su esencia superior.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

<https://doi.org/10.29393/At53-11LPHD10011>

Los payanos

SE conocen con el nombre de *payanos* a los indígenas que habitan la parte más austral de la Isla Grande de Chiloé: desde Queilen hasta San Pedro e islas adyacentes. El nombre *payano* tiene sus semejantes en América; los *payas*, los *coyas* y los *mayas*. La palabra *payano* tiene terminación española (en o) y tal vez debió ser *payan*, como *yahagan*.

Los payanos son corpulentos. Medidos 38 individuos, obtuvimos una estatura media de 1,68 ms. El cuerpo es delgado pero no enclenque. Dan la impresión de ser hombres diariamente entrenados. Las extremidades son desarrolladas y proporcionadas al conjunto. Los dedos de las manos, alargados. Los pies anchos y largos por andar siempre descalzos. El pulgar inclinado hacia adentro. La piel es bronceada.

Se cubren con tejidos de lana de oveja. Estos tejidos, hechos por las mujeres con suma habilidad y cuidado, los llaman *carro* (obra de abrigo). Tiñen sus telas con ciertos vegetales, como la «barba de palo» (1). Para el color negro usan un barro especial llamado «robu».

Su alimentación primitiva debió ser netamente costera. Hoy día comen toda clase de alimentos, privando los productos marinos: mariscos, pescado, etc. Sienten una marcada predi-

(1) Planta parásita de color amarillento, que crece en el tronco de algunos árboles, como el roble, manzano, etc.

lección por el alcohol, el tabaco y el café. La producción agrícola es tan deficiente, que no basta para el sustento de la familia, pues son poco aficionados a labrar la tierra y los métodos que emplean son rudimentarios. El «hualato» (1) y la «luma», (2) son sus únicos útiles de labranza.

Abonan las tierras con sargazo y «lamilla» (alga marina de color verde), que usan recién sacados del mar para aprovechar sus sales. Los payanos conocían las bondades de estos abonos antes de que se descubriera el salitre.

Sus actividades preferidas son la pesca y la caza. Para la pesca, que es uno de los oficios más fáciles para ellos, se valen de los corrales y de la red. Los corrales son cercos de estacas y ramas de forma casi circular que cierran las cabeceras de los esteros. Con la creciente afluyen los peces hasta este cerco para depositar sus huevos en la playa y la vaciante los deja aprisionados, circunstancia que aprovechan los isleños para hacer su aprovisionamiento. Gozan de los beneficios del corral todos los que han ayudado a su confección y aun las personas extrañas que acuden a la pesca.

Como la producción agrícola es escasa, los hombres y hasta los niños, arriendan sus servicios. Esto es lo que ellos llaman *habilitarse*, es decir, reciben de los patrones todo el alimento necesario para el período de la pesca, alimento que también recibirán la mujer y los hijos que se quedan. A su vuelta ellos pagarán con los productos recogidos después de enormes sacrificios.

Cada chalupa va tripulada generalmente por cuatro personas, entre las cuales no faltan niños de 9 a 12 años. Los lugares preferidos son las islas Guaitecas, donde tienen estaciones conocidas que los ponen al abrigo de las tempestades y las lluvias. La red es tejida hábilmente por ellos mismos. La fabricaron primero con fibras de vegetales: cortadera, boque, junquillo; después con lino que ellos mismos cultivan en pequeña escala y, finalmente, con cáñamo que compran en las tiendas. Hoy día han reemplazado las redes «lanceras» por las «caladoras» de más moderna invención y con las cuales obtienen mejores resultados.

(1) Especie de azadón curvo y puntiagudo, con mango de luma.

(2) Estaca de madera de luma de 2,50 ms. de largo, con la punta engastada en fierro algunas veces. El labrador maneja una en cada mano y las impulsa con el vientre, que está protegido por un cuero de oveja o de cabra, que llaman «chaño». Con el impulso las lumas se hunden en la tierra, y entonces un niño o una mujer las levantan con la palanca—trozo de madera resistente y curvo—, sacando un gran césped que queda una vez a la derecha y otra a la izquierda, hasta formar los largos camellones de los sembrados.

Otra actividad no menos interesante de los payanos es la caza de gatos y lobos marinos. He observado que prefieren estas actividades atendiendo tal vez a la circunstancia de que después de rudas horas de trabajo, tienen otras de descanso. La caza de gatos se hace durante la baja marea, cuando los gatos salen a mariscar a la playa.

Lo mismo que para la pesca se hacen «habilitar» por los patrones que les proporcionan escopetas, municiones, alimentos, etc., para un viaje de dos o tres meses, a cambio de las pieles y demás productos de la expedición.

En pequeñas chalupas de siete varas y media de largo por dos de ancho y 70 cms. de puntal, llegan hasta el Golfo de Penas y Cabo Tres Montes y aun atraviesan el Istmo de Ofqui, trasportando a brazo sus embarcaciones, faena que dura uno o dos días. En estos viajes, el perro desempeña un papel muy importante.

Los indígenas son expertos navegantes y están dotados de todas las cualidades propias de los cazadores marinos: destreza, excelente puntería, aun en medio del inmenso oleaje y de la dificultad de manejar, con una mano la escopeta y con la otra el remo que abandonan por instantes para hacer la puntería y disparar; aprecian perfectamente las distancias y la velocidad de sus víctimas, en relación con la de su embarcación. Para la caza de lobos no emplean perros. Las pequeñas embarcaciones se hacen a la mar en el mes de Diciembre para estar en las loberas más o menos en Enero, que es la época del parto de los lobos. Estos animales se refugian en las piedras y sitios más peligrosos de aquellas lejanas islas y aun así no se escapan de estos expertos cazadores.

Cuando la lobada está ubicada en una piedra escarpada y de difícil acceso, la rodean con una cuerda que amarran en la proa de la chalupa, cuidando que ésta corte la ola para evitar el volcamiento. Una vez en esta situación, recogen poco a poco la cuerda hasta que la chalupa queda a una distancia que permite saltar a la piedra, armado de la «macana», a uno o más de los tripulantes, para volver a alejarse al impulso del fuerte oleaje y repetir la maniobra hasta que han saltado dos o tres. Esta maniobra es de lo más peligrosa y arriesgada.

Una vez en la piedra comienzan por garrotear a los «popos» (1) cuyas pieles son las apetecidas en el mercado. Como los «torunos» (2) oponen resistencia a esta tarea, tratan siempre de darles muerte primero para en seguida cerrar todos los pasos

(1) Lobatos.

(2) Lobos viejos.

que permitan escapar a los pequeños lobitos. Se ha observado que en cuanto hay peligro, la loba se echa al mar, lo que trata de impedir el toruno, cogiéndola del cuello y lanzándola al centro de la lobada.

Se cuenta el caso de una loba que por salvar a su cría la tomó del cuello y la lanzó al mar, pero con tan mala suerte, que en lugar de caer al agua, el lobito cayó dentro de la chalupa con el consiguiente regocijo de los loberos.

La «macana» es generalmente el mejor instrumento para esta tarea tan pesada y peligrosa. Es hecha de madera resistente, generalmente de luma. Los loberos la manejan con destreza.

Los payanos aprovechan el aceite y la carne, que salan y secan bien, a manera de jamón y que apetecen mucho, especialmente durante sus largas correrías por los mares.

Los payanos son sociables y muy serviciales. Son hábiles marinos y excelentes nadadores. Asimilan con facilidad cualquier índole de trabajo y así encontramos entre ellos hombres que saben extraer el oro y aun el platino. Un señor Wilson, que tuvo trabajos mineros al suroeste de la Isla Grande de Chiloé, se sirvió de los habitantes de la Isla de Cailín y quedó muy satisfecho de los trabajos ejecutados por éstos.

Son de carácter firme y saben afrontar las dificultades y los peligros con serenidad y sangre fría, de los cuales no se les creería capaces.

En cierta ocasión, Cristino Chiguay iba de viaje en una pequeña chalupa. Pasando de San Pedro a las Guaitecas, se dió cuenta de que el oleaje le había partido su embarcación y, a fin de evitar que se hundiera, le hizo pasar un cordel bajo la proa, aseguró los costados y así pudo arribar sin mayor novedad a Melinka, donde reparó la avería. En otra ocasión una chalupa que se ocupaba de la caza de lobos se vió obligada a abandonar a dos de sus hombres sobre un peñasco a causa de la fuerza de las olas que le impedía acercarse. Estos hombres permanecieron allí cerca de ocho días sin alimentos, sin agua y a toda intemperie. Para apagar su sed bebían sangre de cuervos nuevos y de otros pájaros. Cuando amainó el temporal, volvió la chalupa al peñasco a recoger a los hombres y como fuera imposible hacerlo por lo agitado del mar, los tripulantes cargaron la escopeta y en el cañón colocaron una baqueta con un cordel y, disparando, la lanzaron al peñasco. Los hombres cogieron la baqueta y así lograron recoger el cable de «quilineja» y amarrados a él se lanzaron al mar. Después de una lucha tenaz ontra las olas y [ante la angustia de sus compañeros que espe-

raban de un momento a otro verlos desaparecer, lograron ser recogidos.

Los payanos viven en casas de una sola pieza que les sirve de cocina y de dormitorio. Hoy día acostumbran techar sus casas con madera y hacerles divisiones para la mayor comodidad de su familia. Antiguamente habitaban en cuevas, en los barrancos cercanos a las playas que aun hoy día se pueden observar. En sus enfermedades se curan unos a otros y emplean ciertas yerbas que los sabios han calificado como medicinales. Es sensible que no se hagan estudios de los principios terapéuticos que se encuentran en algunas plantas de la Isla de Chiloé y de las tintas que de otras se pueden sacar.

Los payanos son religiosos por tradición y celebran sus ceremonias con gran solemnidad. Al efecto, levantan cerca de las capillas, pequeños campamentos para pasar los días que duran la festividad y evitar así largos viajes diarios.

Los niños desde la más tierna edad acompañan a sus padres en los viajes que hacen a las Guaitecas, a la pesca o caza de gatos y lobos marinos, sufriendo desde pequeños las inclemencias del tiempo y toda clase de privaciones y acostumbrándose así, desde luego, a la vida marinera. He visto niños de doce años que ya se ocupan de las faenas de la caza y de la pesca en las mismas condiciones que los adultos. Estos muchachos tienen las mismas prerrogativas que los hombres ya acostumbrados a tales trabajos. En las épocas de descanso les gusta frecuentar las escuelas del lugar y casi todos saben leer y escribir.

En una palabra, los payanos que se dedican a la marina son hombres fuertes y sufridos. Pasan noches y días en sus chalupas con vientos y lluvias torrenciales sin poderse cambiar la ropa, que secan al calor de la lumbre y sin quitársela.

La civilización, lejos de preocuparse del progreso de estos habitantes de las islas del sur de nuestro país, sólo ha sabido explotar su trabajo y sus energías inagotables. El alcohol y el tabaco son los únicos presentes que hace llegar hasta ellos.—
H U M B E R T O D Í A Z V E R A.

Joaquín Cifuentes Sepúlveda

HACE poco falleció en Buenos Aires el poeta chileno Joaquín Cifuentes Sepúlveda. Había llegado a la capital argentina a contraer matrimonio. Su muerte, dolorosa y cruel, conforme nos han confiado testigos de los últimos días del poeta, lo sorprendió a los pocos meses de sus nupcias.